

Una grave amenaza

A su regreso de América, el secretario general del P.S.O.E. se ha comportado como corresponde al jefe de una importante facción política: con sentido de responsabilidad y quitándole hierro al cúmulo de exageradas especulaciones que, en su ausencia y en la del presidente del Gobierno, se había amontonado en la plazuela de la opinión pública. Entre otras cosas sensatas, Felipe González, refiriéndose al caso Blanco, opina que es una barbaridad pretender enfrentar a su partido o al Parlamento con las fuerzas de orden público. "Se trata de una actuación concreta, en un caso concreto", ha precisado el líder socialista con evidente intención de limitar el suceso a más exactas dimensiones.

El incidente, en todo caso, una vez debatido en las Cortes, debe servir, conforme ya pedíamos en esta columna, para acabar de sentar derechos, deberes y responsabilidades, tanto de agentes del orden como de parlamentarios. Lo que de ningún modo puede ponerse en entredicho, con carácter general, es la actuación de las fuerzas de orden público, sin las cuales, por de pronto, difícilmente podría garantizarse la existencia de un Parlamento.

La policía está para oponerse eficazmente a la violencia, a los criminales, a los terroristas y a toda clase de delincuentes enemigos de la sociedad, lacras de las que nunca se han salvado ni las naciones más prósperas. Alemania nos presenta ahora el brutal ejemplo de sus bandas anarquistas. Aquí mismo, en Barcelona, hemos registrado unos brotes de criminalidad que desdican del civismo de nuestro pueblo y que le repugnan. Desde el frío atentado, a los desmanes callejeros, se ha estado ensayando en nuestra urbe todo género de provocaciones que se atribuyen a organizaciones ultrarrevolucionarias con cualquier motivo aparentemente reivindicativo. A golpe de botellas inflamables, auténticos forajidos siembran el terror con cualquier pretexto, como, por ejemplo, pedir la libertad de uno u otro encartado en causas criminales, cuando sus propias fechorías están castigadas con la prisión en todos los códigos penales del mundo.

Hay quien confunde la democracia con el abandono de todas las reglas de la convivencia social. Hay quien cree que la tolerancia y el respeto a las libertades implican una total "permissividad". Y hay quien sabe que todo esto es inviable; que el orden es imprescindible y que la anarquía sólo puede conducir al caos. Pero actúan los que persiguen precisamente una situación caótica y la represión subsiguiente.

Contra todo esto conviene estar prevenidos, contra todo ambiente confusionario; contra las sistemáticas agresiones verbales que contribuyen a fomentar ese ambiente y contra las maniobras que se proponen desacreditar a las instituciones sobre las que descansa la paz ciudadana. El futuro del país, si es que pretendemos afianzarlo sobre bases sólidas, no puede comprometerse en algaradas callejeras que aprovechan los grupúsculos más irresponsables. La situación es todavía demasiado frágil, para creer que todo nos puede ser permitido con ausencia de vigilancia y autoridad. Vayamos con mucho tiento y que quien pueda ejercer alguna influencia y goce de autoridad moral, desde puestos de mando en la esfera política o laboral, colabore en esta decisiva labor de prudente contención y de autodisciplina que nos evite mayores males. No hagamos el juego de todos aquellos que a lo que van es a destruir el orden democrático existente, conseguido a tan duras penas y con tantos sacrificios.

Creemos que todas estas reflexiones vienen a cuento en momentos de tan difícil coyuntura económica, tan propicios a la conflictividad. No permitamos que al amparo de las circunstancias y de una mayor libertad, los agitadores puedan enturbiar el ambiente; separamos discriminar con ecuanimidad entre lo que es justa y comedida protesta y lo que es un puro pretexto de revuelta dirigido contra la misma sociedad, cuyos defensores merecen el apoyo moral del ciudadano.

Y tampoco sobra meditar sobre todo ello, en vísperas de la celebración del 11 de septiembre, en que la magna manifestación de catalanidad debe mostrarse digna del espíritu pacifista que es uno de los rasgos más salientes de nuestra tierra. En esa gran fiesta que anunciará el principio de la recuperación de la personalidad catalana, separamos hacer honor al "seny", virtud que permite que sean compatibles la libertad y el orden, el trabajo y la paz social, las autonomías y la solidaridad con los demás pueblos de España.

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

Mal necesario

El gran miedo nuclear

Aquí y en todas partes, la instalación de centrales nucleares suele ser recibida con actos de protesta más o menos elocuentes. Y es lógico que así ocurra. Al principio, cuando de una manera casi seductora se hablaba de las «aplicaciones pacíficas de la energía atómica», nadie se apresuró a decir nada: incluso la idea, de aplicación todavía remota, pudo despertar ciertas ilusiones. Ahora, situados ante la inminencia de unos riesgos obvios, la gente se echa a temblar y pone el grito en el cielo. En el fondo, tampoco ha habido, desde los niveles oficiales, una estrategia informativa acerca del tema, lo suficientemente persuasiva como para que la ciudadanía vea las centrales sin unos recelos lindantes con el pánico. La cosa se plantea, por tanto, en un plano de ambigüedad poco satisfactorio. El fantasma de las bombas apocalípticas, el peligro de contaminaciones fatales, de accidentes inimaginables, el mismo carácter «misterioso» que para las muchedumbres tienen la ciencia y la tecnología actuales, contribuyen a la desconfianza popular. El aprovechamiento demagógico de todas estas circunstancias, y de alguna más, resulta fácil: facilísimo.

Desde luego, yo no quisiera tener en mis cercanías un tinglado nuclear, ni grande ni pequeño. Y clamaré para que me lo alejen, si el caso se presenta. Pero sospecho que con ello el problema subsistirá intacto. Porque el problema consiste, de entrada, no en «dónde» han de erigirse las centrales, sino exactamente en si dichas centrales son «necesarias». El «dónde» puede ser una cuestión discutible, y el «cómo», por supuesto: sitio y garantías de seguridad admiten debate y, quizá, soluciones pasablemente aceptables. La «necesidad» es otro asunto. No basta gritar: «¡No a la central nuclear de X!», o a la de Y, o a la de Z. Se trata de saber si las centrales nucleares son o no imprescindibles. Curiosamente tendemos a destacar este enfoque. Como tantos otros. La táctica del avestruz, de poner la cabeza bajo el ala, no resuelve nada, y hay que

enfrentarse con las exigencias objetivas a que responde la «política energética» —pública y privada— de determinados países. La producción de energía nuclear, reconozcámoslo, no es ninguna broma capitalista, porque sí, estimulada en el ansia de lucro que estructura al sistema. O no es sólo eso. La «necesidad» se establece en términos genéricos, y con perspectivas universales.

Empecemos por definirlo con un enunciado esquemático, o caricaturesco: la llamada «crisis de energía». Se acaba el petróleo, advierten los expertos. Y las reservas conocidas —en manos feudales o nacionalistas—, y los monopolios que las trasiegan, aumentan los precios del crudo día sí día no. Las Administraciones de los espacios sin este material se ven agobiadas por un galopante déficit de sus balanzas de pagos. La «energía nuclear» —«pacífica»— se presenta como una alternativa. ¿Cómo eludirla? Sin duda, existen otras posibilidades. Las habrá. Las tendrán que buscar o que inventar. Tampoco el uranio, el plutonio, o lo que demonios sea que alimenta las centrales, será inagotable. Pero, de momento, ése es un remedio. Y la vida entera de las poblaciones medianamente industrializadas descansa sobre una forma u otra de «energía», y más, cuanto más industrializadas. Dependemos de eso: en el alimento, en la salud, en el confort, en la cultura, en la diversión, en la estricta supervivencia. A menudo, la memez de los plumíferos de turno se despepita lanzando anatemas contra la «sociedad de consumo». ¿«De consumo»? De poco consumo, por lo general. Pero ese poco, ¿significa tantas ventajas! ¡Y tan irrenunciables!

¿Quién renunciaría a...? A la farmacia y a la clínica, por ejemplo; o al modesto supermercado de la esquina; o al transistor y a sus parientes mecánicos; o al cochecito para el trabajo o la excursión; o a lo demás, desde la indumentaria al hábitáculo. Romper con esas expectativas equivale a un regreso a las cavernas: literalmente, al paleolítico. No existe la oportunidad de un

término medio bucólico y artesanal. Estas ilusiones tontas, que los románticos de la socioecología fomentan sin darse cuenta de lo que hacen, no llevan a ninguna parte. O, repito, llevan al paleolítico. Es un absurdo total que los manifestantes —bienintencionados— contra la central nuclear más próxima, cuando vuelven a sus domicilios con sus pancartas, deseen continuar viviendo como antes: con su televisor o su tocadiscos o su teléfono, con su aspirina o su pulmón de acero, con sus latas de comestibles, con sus libros deliciosos, con su automóvil utilitario, con pañales para sus crios y vaqueros para ellos mismos, con... Bueno, ¿para qué seguir? Han de escoger: o la caverna (sin candiles siquiera) o las nucleares. «Qui peixet vulga menjar, el culet s'ha de mullar», dicen en mi pueblo. Pues eso.

Pretendo que se me entienda el razonamiento en su justo alcance. Mi impresión es que las centrales nucleares son «necesarias». Esperemos que, alguna vez, de las cátedras y los laboratorios —y los ministerios— saldrá otra eventualidad generadora de «energía», y menos temible. Ahora, y tal como se presenta el complejo panorama de la «economía» en que estamos inmersos, el «no» rotundo a la energía atómica, «el sí», o «porque sí», es una bobada. Entre otras razones, porque, pese a todo, habrá centrales nucleares por la fuerza de la «necesidad». La alianza que incluya desde los ecologistas burgueses hasta los ácratas ingenuos, pasando por los troskos despistados, no logrará impedirlo. Lo de las centrales podrá ser punto de polémica a escala de ubicación: mejor o peor aquí que allá. Únicamente eso. Hemos de resignarnos a ellas, por el momento. Como a tantas otras opciones desagradables. Su uso «pacífico» salta a la vista. Su uso «militar», también. Pero así están las cosas. ¿Capitalismo, socialismo? No nos engañemos, eso es otra historia...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LOS MOVIMIENTOS CONTESTATARIOS Y LA SOCIEDAD IMPERFECTA

Señor Director:

He leído en su propio diario y también en alguna revista, la noticia de que se está poniendo de moda el hacer el amor en plena calle. En Barcelona sucedió en una cabina telefónica y en Madrid en el monumento a la Cibeles. Yo que soy respetuoso con todos los movimientos contestatarios llámense como se llamen, quisiera hacer solamente una objeción y es la siguiente: bajo un punto de vista de filosofía absoluta, el hacer el amor en los animales delante de ellos mismos es un hecho de sobras conocido e incluso parece ser que ellos mismos no se inmutan demasiado. Hasta aquí todo es verdad. Ahora bien, si entre los humanos, que en definitiva somos también animales pero con un juego social, al que a través de los milenios hemos ido a parar, hay unos movimientos contestatarios llámense como se llamen, yo opino que pueden prosperar, pero eso si que sean fieles a su propia ideología. Eso de menospreciar tan radicalmente una sociedad la cual ciertamente es injusta e imperfecta, pero queriéndose armar al calor bonancible que ella desprende, me parece injusto. Así pues, todos esos muchachos que engendran los movimientos de protesta, que hagan el amor en plena campaña bajo los pinchos propios de ella y no sobre un césped cuidado por los humanos. Que cuando llegue el invierno no vistan porque las ropas las hacen los hombres que acatan unas normas. Que cuando se pongan enfermos no acudan a las medicinas que fabrican las odiosas multinacionales. Que cuando tengan que viajar lo hagan a pie y no cojan el ferrocarril que exige una elevada tecnología de los humanoides. En fin, que les pido que sean fieles a su ideología y no a medias tintas, porque me parece injusto que desprecien lo que ciertamente es imperfecto pero que se arminen, repito, a este calorito tan agradable que desprende una sociedad que por otros caminos todos tenemos el deber de perfeccionar en todos los aspectos.

J. C. C.

MATICES DE LA REFORMA FISCAL

Señor Director:

Acabo de leer en la prensa la siguiente información sobre la próxima reforma fiscal: «La proporción entre lo que va a pagar el propietario de un patrimonio de 100 millones de pesetas no será superior al 2 por ciento, es decir, dos millones de pesetas. Mientras que un trabajador que solamente alcance las 300.000 pesetas anuales va a seguir pagando un 12 por 100. La diferencia si que es extremadamente injusta.» Una cosa es el patrimonio y otra son los ingresos obtenidos. Confundir esto es igual que sumar sandías con bicicletas. O quizás no exista confusión para el cronista, sino ganas de hacer demagogia. Veámoslo. Si un trabajador percibe al año 300.000 pesetas tributará al tipo del 12 por ciento previa deducción de 140.000 pesetas, o sea que pagará 19.200 pesetas, lo que equivale al 6'40 por ciento, sin que le alcance el impuesto sobre la Renta. Si el propietario de aquel patrimonio percibe unos ingresos por su trabajo personal tributarán, como mínimo, como los de aquel trabajador. Y si además percibe unas rentas producidas por su patrimonio tributarán, entre los impuestos a cuenta y el final sobre la Renta, el 44 por ciento, pues con toda seguridad le alcanzará el tipo máximo de gravamen. Por tanto, la diferencia entre lo que paga uno y otro, en lo que a las rentas percibidas se refiere está entre el 6'4 por ciento y el 44 por ciento. El impuesto sobre el Patrimonio es un nuevo gravamen que se pagará además de los impuestos sobre los ingresos y que alcanzará plenamente al segundo y difícilmente alcanzará al primero.

Jordi VILADOT

«DU COTE DE CHEZ PROUST»

Señor Director:

En el número de «La Vanguardia» correspondiente al 25 del pasado agosto de 1977, y en la página 5, en la «Tribuna» de «La Vanguardia» leo un artículo de Joan Fuster sobre «Proust y el verano» que me ha dejado sorprendido. Le diré el porqué. Cuando un escritor de nuestro tiempo habla de Marcel Proust aun de modo inconsciente, adopta un tono de seriedad y rigor intelectual (lo que no excluye en absoluto el buen humor) adecuado al tema de que trata. Así, Ortega y Gasset, o Josep Pla, o Natalia Ginzburg, o George D. Painter, o los estudios recogidos en el volumen «En torno a Marcel Proust» de Alianza Ed. n.º 546, todos ellos ingleses; por no hablar, naturalmente, de los autores franceses, desde André Maurois y François Mauriac a Simone de Beauvoir y un larguísimo etcétera. A Ortega, como es bien sabido, le «fatigaba» Proust, pero da unas razones de esta fatiga, plausibles en su casa tal vez, y de ningún modo se le ocurre decir, para confirmar sus opiniones, que la lectura de Proust fuera «un tostón», ni mucho menos calificar al autor de «asmático, homosexual, cursi y judío»; y nunca que «lo que iba narrando (Proust, se entiende) era una trivialidad indecorosa».

Joan Fuster, por lo visto, ni entendió ni ha entendido (en su «relectura») a Proust. Y aquí viene lo grave. Hay autores que, más o menos, casan con nuestro modo de ser y otros, por grandes que sean, que no. Lo oportuno es, si se tiene que hablar de estos últimos, hacerlo con extrema cautela, porque nuestra Inteligencia, por aguda que sea, no corre pareja con nuestro sentimiento, y lo fácil en caer en el error de juzgar, no intelectualmente, sino de modo sentimental. ¿Cómo «amar» por fuerza lo que no amamos? Es inútil cualquier explicación de tipo intelectual. La inteligencia nos dice que Dostoiévski es grande, y también nos lo dice el sentimiento, pero a Sigmund Freud le cayó como un tiro que le dijeran que el autor ruso había anticipado en unos cincuenta años alguna de sus teorías. Y su estudio sobre Dostoiévski, después de decir que es uno de los grandes, etc (como Fuster hace de Proust) segrega la bilis oculta que le causó, tal vez, la penetración y grandeza del autor ruso, y lo

trata de criminal y homosexual en potencia...

Pero, ¿por qué Joan Fuster ha escrito este artículo? No lo sé. Yo leo con frecuencia a Joan Fuster, y me divierte su inteligencia. Por eso me he quedado helado al leerlo. Ha cometido la falta más grave: ser frívolo y, en consecuencia, desacreditarse —no sabe él hasta qué punto.

Mauriac decía («Memorias interiores») que no saber callarse a tiempo era el pecado de la mayor parte de los escritores.

Y, para finalizar, aconsejo humildemente: volvamos du côté de chez Proust.

José L. MAYORDOMO DOLZ
(Valencia)

GIBRALTAR PARA ESPAÑA

Señor Director:

El Ayuntamiento de San Roque (Cádiz), en un loable gesto de españolidad que no hemos visto aún en ningún partido político español, ha pedido al Gobierno, ante la visita a Madrid del ministro inglés de Exteriores, que antes de llegar a un acuerdo sobre el levantamiento de restricciones a Gibraltar, principal objetivo del señor Owen en Madrid, aunque no lo diga, debe el Gobierno de la Gran Bretaña reconocer la soberanía de España sobre el territorio de Gibraltar.

Nosotros, como españoles, opinamos y pedimos lo mismo. Gibraltar es España, que el Reino Unido lo reconozca como tal. Y nuestro Gobierno en este asunto no debe claudicar. Ha de portarse ante todo como español con todo el orgullo que haga falta. Ya está bien de tomadura de pelo «maide In-gland».

A. FERRERIA CSTAÑO
y cuarenta firmas más

ELOGIABLE ACTITUD DE LA SEGURIDAD SOCIAL

Señor Director:

Agradeceré inserte en el periódico de su digna dirección, lo que a continuación voy a exponerle, actitud positiva de la Seguridad Social, cuando tanto se escribe en su contra.

Encontrándonos disfrutando de unas vacaciones en un pueblecito de la provincia de Huesca, mi esposa acusó unos fuertes dolores en el vientre que motivó la presencia del médico del mismo, el cual, en vista de los síntomas que presentaba creyó que lo más conveniente era su traslado a la residencia de la Seguridad Social San Jorge, de la ciudad de Huesca.

Presentados en dicho centro asistencial, desde el primer momento todo fueron facilidades y una vez visitada por el facultativo de urgencia, éste dictaminó su ingreso, que se cumplió con gran celeridad y sin casi mediar trámites burocráticos.

Antes de su instalación en la sala de medicina, mi esposa fue trasladada a la sala de Rayos X, donde procedieron a tomarle diversas radiografías, así como muestras de sangre para los oportunos análisis.

Instalada, que fue en la sala (que no era la que le correspondía, por falta de camas en la de la especialidad), le fueron aplicados durante ocho días consecutivos medicamentos en forma de sueros, siendo constante el desfile de facultativos que se interesaban por el desarrollo de la afección, que es de sintomatología hepática, por lo que posteriormente deberá ser intervenida quirúrgicamente.

El desarrollo definitivo de la afección, sólo Dios y la Ciencia pueden decirlo, pero sí quiero hacer constar que no podía esperar una atención tan profunda como eficiente, tanto por parte de los facultativos, de las enfermeras religiosas y subalternos, de esta institución, que honra a la entidad a que pertenecen, por su labor que desarrollan. No cito nombres, pues caería en el error de omitir alguno y por otra parte, su trabajo es de equipo y no personal.

Para finalizar he de manifestarle que, por la impresión recogida, de los familiares y personas que por dicha institución han pasado, esto no es hecho aislado, sino la norma de la misma.

Luis MONTERDE CAMBRES

REPLICA A ALFONSO COMIN

Señor Director:

Me permito manifestar mi total repulsa a muchas de las afirmaciones vertidas en el artículo de don Alfonso Comin, publicado en ese periódico los días 26 y 27 de agosto.

Creo que no se puede hablar de que Cataluña ha sido sometida por el franquismo a genocidio cultural o del «trágico episodio de estos 40 años» sin incurrir en la más pura demagogia y faltando claramente a la verdad.

La época de Franco, por el contrario, ha supuesto para Cataluña, como para toda España un gigantesco aumento del nivel cultural, cosa que no solamente está a la vista de todo el que contemple la realidad con limpieza de corazón, sino que puede comprobarse mediante el manejo de los índices de analfabetismo, viendo los numerosos centros de enseñanza creados, el número de titulados de enseñanza media, las cifras absolutas y relativas de universitarios, etc.

Si esto es así, como lo es, no puede quien se tenga por intelectual, condición que obliga a rendir un auténtico culto a la verdad, verter aseveraciones como las que preceden.

Y si se refiere al no uso de la lengua catalana, constituye un auténtico sofisma el hacer a la lengua catalana y aún se podría discutir largamente acerca de los conceptos y de cultura catalana sinónimo de cultura catalana, gallega, vasca o andaluza, cuya ambigüedad es notoria y se manipulan como sustento de teorías nacionalistas que pretenden retrotraernos a los reinos de taifas.

Ya está bien de que tanto intelectual que alcanzó tal cota cultural durante el régimen de Franco o quizá gracias al mismo, se dedique a detractor de sus indudables logros. Esto, además de no ser justo, no es ni siquiera digno.

Samuel CLUA PALAU

(Más cartas en la página siguiente)